

# INGENIEROS POR EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS



Ricardo Polín

Un ingeniero humanista, don Luis Racionero, afirmaba "A mí me gustan los caminos que tienen corazón". Viene de antiguo ese vínculo entre la ingeniería y los caminos viejos. También con los caminos "de" Santiago, que parten del espíritu y tienen tantos orígenes como caminantes, las vías jacobeanas históricas, frente a los caminos "a" Santiago, pragmáticos y alejados de la tradición. La peregrinación de los colegios de ingenieros del Estado español en el primer Año Santo del milenio, éste del 2004, es un buen ejemplo de todo ello, respondiendo al sentido del caminar que también ha descrito el poeta gallego Francisco de Fuentosa antes de su asesinato el año 36: "No hay amor pleno sin despedida, ni vida perfecta sin peregrinación". O lo que es lo mismo: "La tierra de promisión no es término, sino ideal, y sólo se alcanza andando eternamente".

Nos gustaría ofrecerles los símbolos clásicos de la hospitalidad, de la mejor bienvenida al caminante: agua, lumbre y sal, siempre presentes en el mundo de los caminos de antes y fundamentalmente en los de largo recorrido, salpicados de malaterías, leproserías y conventos mendicantes, puentes y pasales, fuentes, mesones, calzadas, cruceros, "petos de ánimas" y otras ofrendas a los lares viales, como se hacía en los grandes "milladoiros", esos humilladeros que acogían un acto de imprecación consistente en depositar una piedra en petición de apoyo a los dioses, ritual propio de las gentes itinerantes como lo eran los segadores y peregrinos. Caminos en los cuales se ha procedido a la cristianización de los rituales paganos, principalmente en torno a las fuentes sagradas y a sus santuarios.

En este sentido, también la indumentaria constituía una simbología específica del camino jacobeano a Santiago de Galicia: vieira, bordón, sandalias, zurrón, capa y esclavina, sombrero de ala ancha... Evidencia de la austeridad, como lo reflejaba el poeta: "No miento si os digo que era feliz, a pesar de que nada poseía: sólo la sombra de los castaños, el agua de las fontanas, los caminos y las leguas donde devanaba el cadejo de su vida. Su granjería era tan pobre que cabría holgadamente en un versículo del Santo Evangelio, el primero según San Mateo: 'No poseeréis ni oro ni plata, ni metal en vuestras antas, ni alforjas para el camino, ni vestiduras, ni zapatos, ni bordón'".

De ahí la protección de los caminos franceses y cañadas reales, al punto de que la agresión a estos caminos y sus transitantes era considerada un delito de Corte en las Partidas de Alfonso X, lo que motivó también posteriormente alguna observación por parte del Padre Sarmiento sobre la ancestral lucha entre labradores y viajeros sobre la propiedad de los grandes caminos. Consideraciones que emanan de la condición de territorio histórico que ostentan estas vías, entre ellas las rutas jacobeanas terrestres o marítimas, el Camino transfronterizo que mira a occidente, el de Fisterra, con toda la mitología de los finis terrae.

Y es que el cristianismo, una vez ganado el estatus de religión del Imperio, se preocupó de substituir la vieja topografía pagana por otra nueva, caracterizándose porque en vez de integrar los símbolos y las divinidades anteriores, las substituye. Los antiguos cultos paganos del Finisterre se habían apagado en su propio aislamiento y el hecho histórico sobre el que partía la nueva sacralización tenía tras de sí un agujero

negro de más de siete siglos en los que no era posible rastrear ningún escrito o tradición verosímil sobre la translación del cuerpo del apóstol Santiago desde Jerusalén a Galicia.

Otras teorías, las que apuntan al enterramiento de Prisciliano en Compostela, adolecen del mismo problema y no se sostiene que un acontecimiento tan importante haya podido pasar desapercibido sin dejar rastro escrito o paleográfico.

Frente a la sacralidad cristiana, los lugares santos paganos -la topografía del paganismo- aparecen como naturales, vinculados a accidentes geográficos: montañas, ríos, etc. Se escuchan las manifestaciones sagradas de la naturaleza. Véase los grandes promontorios que caen sobre la costa atlántica en la desembocadura del Miño y de la Costa de Fisterra a la Estaca de Bares. Son formas de culto basadas en la expresión de fuerzas naturales, especialmente el hundimiento del Sol sobre las aguas del océano.

Las manifestaciones de Estrabón referidas al ateísmo de los galaicos son una prueba de la ausencia de dioses personalizados y la prevalencia de una religiosidad basada en las formas de la naturaleza, base de las religiones prerromanas en el territorio gallego. Con todo, la posibilidad de un culto priscilianista en tierras de Compostela no es más que una conjetura. La importancia de Santiago para la cristiandad medieval no surge de la presencia de un mártir, ni de un culto con fidelidad histórica, sino que aparece como consecuencia de una idea más política que religiosa, con sentimientos próximos a los problemas de la cristiandad medieval y alejados de los problemas de antiguos pobladores del noroeste.

La idea del FINIS TERRAE llega con los romanos y hace referencia a los límites del mundo para quienes consideraban Roma como el centro vertebrador de toda la tierra, por consiguiente un significado político y cosmológico. (Plinio lo consideraba el lugar donde se separaban la tierra, los mares y el cielo. Cultos como el del Sol tuvieron amplia práctica en el Finisterre).

Pero el sentido mítico del fin del mundo no estuvo vinculado en la antigüedad con un lugar concreto, sino con el Occidente como tal. Una referencia imprecisa cuyos testimonios quedan no sólo en el cabo gallego, sino también en su homónimo de la Bretaña francesa. Es un componente esencial de la universalidad de Roma y un símbolo de la perfección del Imperio. Aun así, este concepto se fue relegando hacia la parte noroccidental de la Península Ibérica, la más alejada e inaccesible del Imperio en occidente. También la Biblia y la literatura hebraica reflejan importantes sentidos simbólicos relativos al fin del mundo habitado, con alusiones constantes a los "confines de la Tierra" en diversos Salmos. Los textos neotestamentarios convirtieron esos confines terrestres en una forma de expresión de la universalidad del mensaje evangélico, un lugar en el que ciertos escritos apócrifos sitúan la misión de la Iglesia.

Sólo con el paso del tiempo esa referencia se fue identificando específicamente con el extremo de Hispania. En el Evangelio según San Lucas, Jerusalén es el punto de partida hacia una meta que debe alcanzar los extremos de la Tierra. Así se produce la auténtica transformación de un elemento simbólico, el FINIS TERRAE, en una noticia sobre la predicación de Santiago en un lugar concreto ulteriormente precisado por las circunstancias políticas vividas en la Península a partir del siglo VIII y que le llevarían a la Fisterra gallega.

La atribución de España a Santiago no deriva de noticias existentes sobre las actuaciones del apóstol, sino al contrario, porque ninguna tradición oral o escrita se oponía o dificultaba la expresa relación de España con Santiago. Cuatro elementos irán dando cuerpo al culto jacobeo: primero e formula el carácter apostólico de las iglesias del extremo occidental del Imperio romano a partir del mandato evangélico

de Cristo a los apóstoles. Luego se identifica a España con el extremo occidental. A continuación se atribuye a Santiago la fundación de la cristiandad española y finalmente la iglesia galaico-asturiana instituye el patronazgo de Santiago y sitúa el enterramiento en la región del Finisterre gallego.

De todas formas, la identificación entre Galicia y el FINIS TERRAE debía de ser muy corriente ya durante el siglo IV, debido a la condición de extremo occidental de la Gallaecia, contraponiéndose el Oriente al Occidente. Así el fin de la Tierra se dota de contenido simbólico al tiempo que se precisa geográficamente y la noticia del descubrimiento de la tumba apostólica -propagada por Occidente a partir de la invención de Teodomiro- es el resultado de plasmar un símbolo en un lugar, difundiéndose la noticia de la predicación de Santiago en las tierras occidentales de la cristiandad.

Esa localización del fenómeno obedece a intereses políticos, donde el patronazgo de Santiago sobre España y la localización de la tumba en Compostela responden a unas circunstancias políticas de aislamiento de la cristiandad asturiana frente al resto de occidente y a la necesidad de estructurar políticamente el Reino de Asturias y de establecer vínculos afectivos con la cristiandad europea. Aun así, la influencia de los elementos cosmológicos es enorme, con restauración de los significados simbólicos de los límites occidentales. En todo caso, la creación del lugar santo del Finisterre simbolizó la plena ocupación por la Iglesia del espacio imperial. La invención no es más que la culminación de un proceso sacralizador. Compostela nace cuando los extremos del mundo se van configurando como un símbolo de universalidad, para ir concretándose geográfica y doctrinalmente en el sepulcro del apóstol.

El sentido político del fenómeno jacobeo se percibe en función del interés de la monarquía astur por concretar los contenidos simbólicos del FINIS TERRAE y en hacer de ellos un elemento de vertebración interna y de inserción en la cristiandad occidental. La conciencia de que el fin del mundo es importante resulta previa a la invención de Teodomiro y la tumba apostólica es el medio a través del cual se sacramentan estos símbolos hoy difuminados por la dimensión alcanzada por el fenómeno jacobeo.

Así, el Finisterre devino en un símbolo útil para las ambiciones centralizadoras de Roma, expresado a través de las peregrinaciones. Ya el Preceptum de Alfonso II El Casto (829) hablaba del "lugar santo" para referirse a Compostela. Y así se contruye la ciudad santa del extremo occidental, a través de una doble vía, cosmológica y religiosa. Un impulso sacralizador concentrado sobre Compostela y que respondía a fines políticos, dando respuesta a la fragmentación del territorio, del poder y la cultura del Bajo Imperio, todo lo cual hizo posible el descubrimiento del sepulcro del Apóstol.

Detrás del presente modelo del Año Santo Jacobeo subyace una concepción cultural con fuerte tensión entre lo espiritual y lo turístico, la eterna cuestión de la dependencia que las actividades públicas tienen de lo religioso en un Estado aconfesional. Decía el poeta: "Esta es ley de vida allí donde no hay propiedad o trenza de mujer que te ate. Todo el que no siembra o no ama no tiene porque vivir quedo. Es bien cierto que si los trigos no se muriesen de ausencia, el labrador de nuestros climas trocaría gustoso su ayada por el bordón, la concha y los emblemas del peregrino".

Es de justicia remitirse a comienzos de los años 60, cuando Elías Valiña -párroco de O Cebreiro y cura de aldea- se empeñó en recuperar la vieja tradición medieval de recorrer el camino de las estrellas. Pero, ¿si hoy viviese, qué opinaría? Elías Valiña murió en 1989 -a cuatro años del xacobeo 93- e ideó la flecha amarilla, señal que perduró en el tiempo por su sencillez y claridad, frente al llamado "pelegrín", imagen

de diseño. De fondo dos filosofías encontradas: el estandarte turístico contra la vía de expresión espiritual, tal vez una dualidad inconciliable.

Antiguamente eran diversos los motivos de peregrinación: ofrendas, cumplimiento de penas, etc. De ahí el sentido originario frente a los intereses comerciales, que pueden morir de éxito.

Volvemos al poeta: "Andar por alegría o por promesa es oficio del hombre mostrenco, del que no conoce amo ni cadelo". El mito jacobeo tiene ya una larga trayectoria. La invención del mito respondería a los intereses de los monarcas asturianos por afirmar su poder como referente único de la cristiandad en la España ocupada por los musulmanes. Se trataba de deslegitimar a la iglesia de rito mozárabe, con sede en Toledo y aunque la "invención-descubrimiento" de la sepultura del Apóstol se ha producido durante el reinado de Alfonso II El Casto, en el siglo IX, habrá que aguardar a la reforma cluniacense impulsada por los benedictinos, auténticos inventores del Camino, hasta que en el s. XI la peregrinación a Compostela sea ya la 3ª de las grandes metas de la cristiandad, con Roma y Jerusalén.

Pero es a partir del siglo XII cuando el apóstol milagrero, pacífico protector de los caminantes, el Santiago peregrino, se convierte en violento sostén de los ejércitos cristianos. Varias leyendas fueron tratando de anular el mito que justificó la invención (sea la supuesta aparición del Apóstol en la toma de Coimbra, el llamado Privilegio del Voto o su aparición montado en el caballo blanco durante la incierta batalla de Clavijo). El mito alcanzará su forma plena con la proclamación -por parte de los Reyes Católicos- de Santiago como "santo patrón" de España, justo coincidiendo con la derrota final y la expulsión de los musulmanes.

Pero en su larga marcha hacia la modernidad, el mito primario vemos como se va desgastando. La expansión imperial comienza a dar marcha atrás y el icono del Patrón cae en desprestigio: la imagen belicosa de Santiago ya no cumple con su misión protectora y en el siglo XVII algunos sectores del clero potencian la figura de Santa Teresa de Jesús como alternativa, con la consiguiente reacción encolerizada del cabildo compostelano ante la pérdida inminente de poder y el apoyo beligerante de autores como Quevedo que incluso apelaban a la "sangre dudosa" de la Santa.

En la España democrática y constitucional se ha venido manteniendo la anacrónica ceremonia de renovación solemne del "voto" a Santiago, habitualmente politizada más de la cuenta. El propio Príncipe de Asturias -Don Felipe de Borbón- y su esposa Doña Letizia Ortiz -recién casados- acaban de visitar al Apóstol implorando su favor y cumpliendo con el rito jubilar. Así, las razones estrictamente religiosas para peregrinar tienden a quedar en minoría frente a las espirituales en sentido amplio y a las ociosas o turísticas. Incluso tiene gran éxito en la actualidad la llamada "lectura esotérica" del Camino, muy promocionada por autores como el escritor brasileño Paulo Coelho, previamente asentada en la creencia de que existen vías peregrinatorias que iban del Mediterráneo al Atlántico siguiendo los monumentos megalíticos y otros símbolos secretos que tienen más que ver con el agnosticismo y la presencia del Anticristo, paradójicamente una forma de espiritualidad condenada expresamente por el catolicismo más ortodoxo.

Por todo ello, actualmente se plantea una gran diatriva: el fenómeno masivo actual ¿tiene más que ver con la nostalgia del espíritu en un mundo cada vez más materialista o más bien con el ocio característico de las sociedades materialistas? Escapar de la agitación de la vida urbana (decía el poeta, "Con sayal de amarguras, de la vida romero, topé tras luenga andanza con la paz de un sendero") es una forma especial de nuevo turismo, frente a la religiosidad de la peregrinación tradicional. Aun así, los poderes taumatúrgicos del Apóstol difícilmente compiten con los de la Virgen de Lourdes o de Fátima, mucho más milagreras.

Lo curioso del caso actual es que, pese al triunfo aparente del turismo frente a la religiosidad popular inicial, aquél no puede sobrevivir sin un cierto respeto por los orígenes que dan sentido al Camino. Así, la gran promoción de la Xunta buscando éxitos inmediatos puede llegar a matar la gallina de los huevos de oro y ahogar a medio plazo -debido a la evidente masificación y comercialización- la razón última que lleva al caminante a Compostela y por consiguiente la idea primigenia del cura de O Cebreiro. En ese sentido, tal vez sea posible retomar otro modelo de xacobeo, según apuntan sectores sociales cada vez más críticos.

Al respecto, el 13 de noviembre de 1991 la Xunta de Galicia creó la Sociedad Anónima de Gestión del Plan Xacobeo y convirtió un fenómeno religioso en uno de los ejes de su márketing político, con un capital inicial de 600.000 euros tomados de los fondos públicos de la comunidad gallega. En este momento el gasto y endeudamiento parecen alarmantes, con la única argumentación del incremento de visitantes y los ingresos que generan. Una década después, es difícil sostener ese argumento del crecimiento de Galicia en torno al plan xacobeo, corriéndose el riesgo de morir de éxito a pesar del despliegue mediático.

Ya desde viejo, algunos hospitales de peregrinos se habían convertido en verdaderas cuevas de bandidos y ladrones. De aprovechados, frente al toque solidario de campanas y a la protección regia. Así, coincidiendo con el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia para los caminos de Santiago, la Xunta ha preparado ya el lanzamiento de un nuevo año turístico que supla la sensación de vacío que pueda dejar el año jubilar, bajo el lema "Toma mi mano, dame tu mano". Con todo, más preocupante nos parece la forma en que la masificación excesiva está desvirtuando el urbanismo tradicional compostelano en el área de la catedral, de manera tal que la especulación ha dado al traste con el comercio tradicional, disparando igualmente la vivienda. En el medio rural, la ambición comercial va sustituyendo el genio antiguo del Camino al incorporar elementos más propios del márketing que de la evolución natural de estas vías históricas.

Paralelamente, la activación del turismo rural en todas las vías alternativas del Camino no parece que se consolide como alternativa a la precaria economía agraria, al punto que los fondos europeos para estos fines raramente van a parar a las clases más populares. Quizás sea el momento de hacer un acto de contrición sobre lo que estamos haciendo con las peregrinaciones a Santiago de Galicia y poner al descubierto todo un programa de desarrollo turístico detrás del cual se esconde una clara estrategia de propaganda política. Algunos peregrinos de a pie lo tienen claro.

